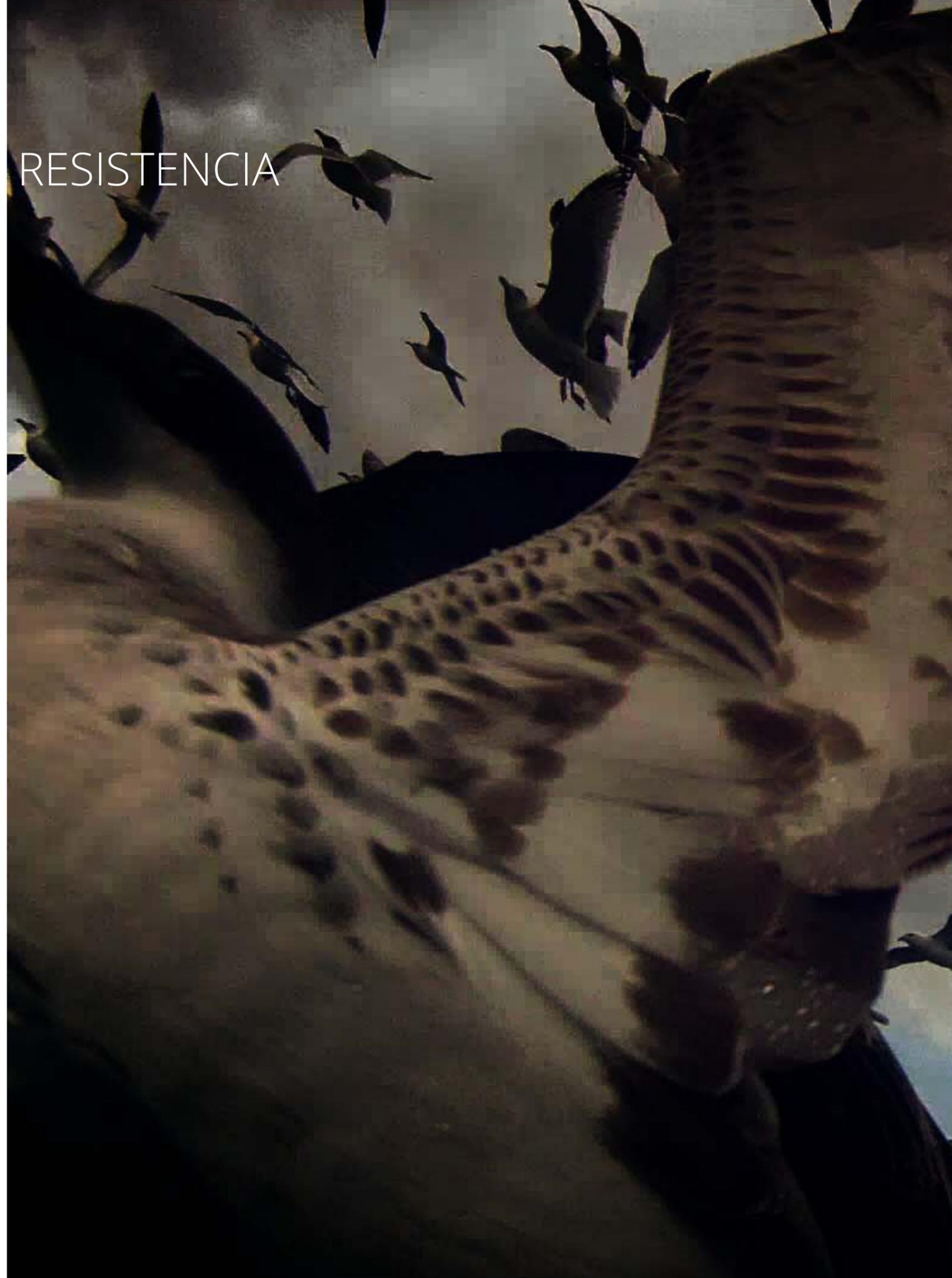


# L'ALTERNATIVA, DOS DÉCADAS DE RESISTENCIA

Ana Aitana Fernández

Ante los numerosos recortes presupuestarios, el aumento de tasas, el descenso de público en las salas y un escenario cada vez más politizado -entre otras batallas contra las que la industria cinematográfica debe lidiar- resisten oasis en los que el audiovisual mantiene la dignidad, como el Festival de Cine Independiente de Barcelona, L'Alternativa. Un espacio necesario que ha cumplido dos décadas de existencia, a pesar de haber visto reducidas algunas de sus secciones respecto a ediciones anteriores. A lo largo de estos años L'Alternativa nos ha acercado las imprescindibles propuestas de cineastas consolidados como Ben Rivers, Jay Rosenblatt, Naomi Uman o Harun Farocki; además de ayudarnos a descubrir nombres del panorama patrio como Eloy Enciso, Mercedes Álvarez o el Colectivo Los Hijos con interesantes propuestas que contagian la realidad de ficción y viceversa.

Además de repasar trayectorias tan únicas como las de Alain Cavalier (*Le filmeur, Irène*), Pedro Costa (*No quarto da Vanda, Ne change rien*), Peter Brooks (*Marat/Sade, El señor de las moscas*), o Iván Zulueta (*Un, dos, tres al escondite inglés, Arrebato*). Buena muestra de esta trayectoria quedó reflejada en la sección paralela "20 años de L'Alternativa" donde el público pudo revisar algunos de los largometrajes más significativos que han pasado por el festival.



Este aniversario estuvo marcado por ese mismo *savoir faire* y nos ha dejado disfrutar en pantalla grande algunas perlas que con suerte encuentren distribución en pequeñas salas – ahora mismo en el Zumzeig Cine-Bistrot de Barcelona se pueden ver *Two years at sea* de Ben Rivers y *La casa Emak Bakia* de Oskar Alegria, ambas proyectadas en ediciones anteriores de L'Alternativa.

Con una programación tan suculenta, a veces una desearía ser omnipresente y poder así sortear esa difícil decisión de qué obras descartar de la agenda personal. Sin embargo, desechada pues la ilusión de esa cualidad

divina y tras las inevitables renunciadas, repaso aquí algunas de las películas más destacables de esta edición. Piezas tan indispensables y arriesgadas como *Leviathan* de Lucien Castaing-Taylor y Véréna Parave, que fue, sin duda, una de las mejores cintas de 2013. Los primeros planos de esta coproducción concentran la rabia y la crudeza de esa batalla diaria entre pescadores y fauna marina, retratando la industrialización de una profesión que no está exenta de culpa en la cadena consumista a la que está atada. El tándem artístico nos muestra los modos de producción de la pesca de arrastre transformada en una industria mecánica y desalmada tanto para el

hombre como para la vida marina. Toda una experiencia necesaria, cuya fuerza radica en el uso de la cámara como ola, como pez moribundo o cadavérico, como feroz gaviota o como trabajador incansable y automatizado. Toda una experiencia estética y enigmática que nos enfrenta a imágenes incómodas, turbadoras, poderosas, descarnadas, que se mueven a la misma velocidad con la que el mar azota el casco del barco pesquero donde se filmaron.

Con una intención más política se presenta el documental *Fóra* donde Pablo Cayuela y Xan Gómez Viñas relatan, a partir de un excelen-

te tratamiento de los archivos conservados, la historia del Hospital Psiquiátrico de Conxo, en los alrededores de Santiago, apelando a la memoria histórica y política de la ciudad gallega, como reflejo también de la Transición. Los documentos, recortes de prensa, fotografías grabaciones en Super 8, escritos y testimonios de los pacientes tratan de iluminar el trasiego político y social de este centro, desde su creación como manicomio por el obispado a finales del siglo XIX y su posterior reforma durante la década de los 70 -en la que el equipo médico, junto a los propios enfermos del sanatorio, exigían mejoras en la alimentación y mayor autonomía- hasta la contrarre-



forma llevada a cabo tras el despido de esos trabajadores, y que supuso la conversión de los pacientes en mano de obra barata dentro del mismo centro. El documental cuestiona así los límites que determinan lo que se queda fuera o dentro de una sociedad marcada por el oscurantismo de los que la dirigen.

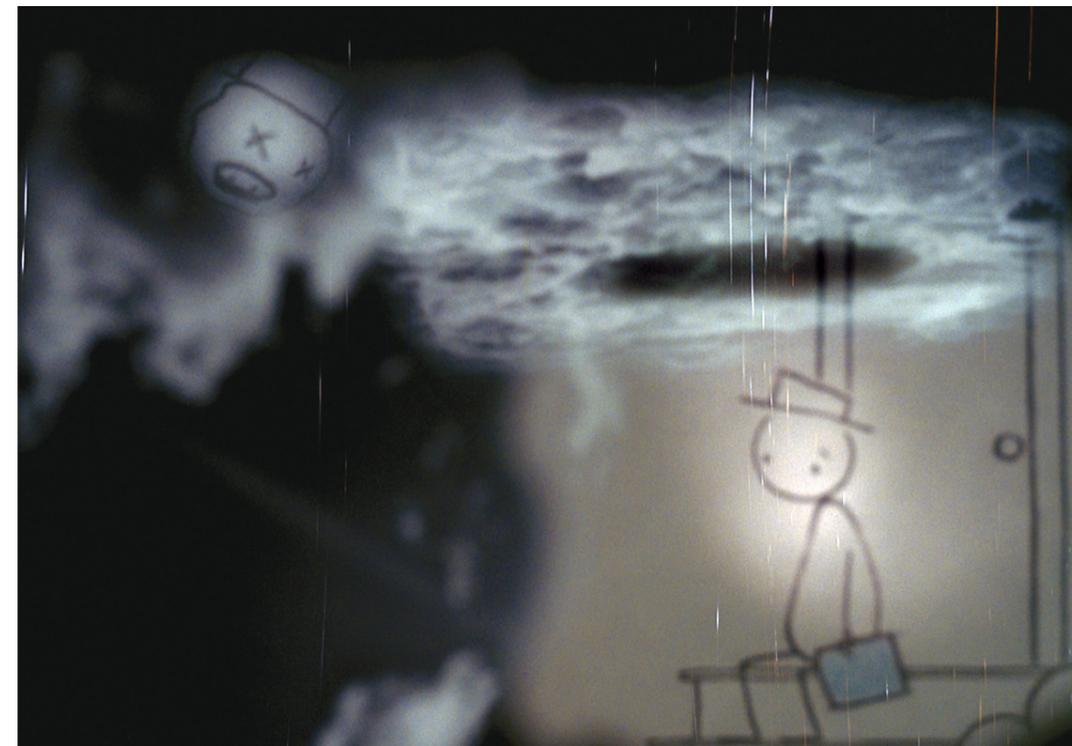
Otro debutante dentro de la Sección Oficial fue el mexicano Diego Gutiérrez. En su necesidad de filmar la historia del libro que Gonzalo, su padre, va a publicar, se topó con las ruinas de un matrimonio, el de sus progenitores. *Partes de una familia* contiene tres décadas de convivencia concentrados en silencios incómodos, miradas cargadas de reproche, y una distancia tan grande como la que separa sus habitaciones. Tras revisar el material grabado, este cineasta mexicano descubrió el drama cotidiano que encerraban las palabras de una mujer incapaz de nombrar algo positivo del hombre con el que comparte su vida, un médico jubilado deseoso de seguir viviendo nuevas experiencias aparentemente ajeno a su compañera. Gutiérrez logra enterrar su papel de hijo con las apropiadas herramientas de cineasta y construye, a partir de esas conversaciones íntimas con ambas partes, una conmovedora cinta con la que traspasar el terreno personal y rastrear los trazos de una cotidianidad universal.

La nota de animación del festival la puso *It's such a beautiful day* del estadounidense Don Hertzfeldt, en la que aúna las partes, en formato cortometraje, de una trilogía protagonizada por una figura de palo llamada Bill. A partir de este trazo minimalista, el autor de *Rejected* combina diferentes técnicas de animación como el stop motion y el collage, con imágenes reales. No obstante, la brillantez de este cineasta que no se considera animador -aunque todo su trabajo se desenvuelva en este terreno- reside en un guión mordaz al que él mismo se encarga de dar voz, invistiendo a Bill de una sorprendente humanidad. De esta manera el filme planea entre la ironía de un título que apela a la absoluta felicidad y

el positivismo -mientras su protagonista sufre una enfermedad degenerativa que lo lleva a tener pensamientos delirantes-, y una poética capaz de conmovir en cada plano.

Los movimientos incontrolables de un felino se transforman en pura lírica en *El extraño gatito* (*Das merkwürdige Kätzchen*, Ramon Zürcher), ganadora del Gran Premio del Festival y apadrinada por el cineasta húngaro Béla Tarr. Este ejercicio cinematográfico, nacido al auspicio de la Escuela de Cine de Berlín, reformula el costumbrismo desde la fantasía, y dibuja un retrato de una familia alemana, en el que nos deja entrever los pequeños dramas posibles de sus miembros a partir de sus gestos cotidianos. El guión parte de *La Metamorfosis* de Kafka, aunque sólo extrae la idea de la cocina como lugar de encuentro de una familia y las habitaciones como espacio reservado. Las "improvisaciones" del animal -para las que el equipo tuvo que esperar hasta cinco horas, según explicó el productor y hermano gemelo del director de la película, Silvan Zürcher, durante el festival-, una cuidada iluminación y un recurrente tema musical permiten a su director crear ese ambiente mágico que destila su ópera prima e imprimir una sensación de bienestar en el espectador.

De forma similar, Jem Cohen firma *Museum hours* -Mención Especial del Jurado- con la que nos introduce, como adelanta su título, en la sala de un museo. Con un estilo cercano a *Les statues meurent aussi* (1953) de Resnais y Marker, el cineasta neoyorkino coloca su cámara frente a los lienzos y esculturas que pueblan las galerías del Kunsthistorisches Museum de Viena para establecer un diálogo con el espectador. Eso sí, a diferencia de aquel ensayo, aquí el diálogo estará mediado por la persistente voz en *off* del guarda de seguridad Johan (Bobby Sommer) con quien reflexionaremos sobre cómo cada revisión al interior de estas obras permite siempre "descubrir algo nuevo". Premisa con la que asistiremos al nacimiento de una profunda amistad entre el protagonista y una visitante americana (Mary



demente  
 alienado  
 mestizo  
 manicomio  
 tolo  
 sanatorio  
 doente  
 hospital psiquiátrico  
 paciente  
 interno  
 usuario

Margaret O'Hara), entrelazando esa visión del arte con la de la vida.

Más habitual es que esa experiencia vital esté mediada ya no por el arte sino por su constante registro con fotos y grabaciones. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando su conservación depende de algo tan volátil como la memoria que pretenden conservar? Con este planteamiento comienza la tailandesa 36 (Nawapol Thamrongrattanarit), un filme que en apenas una hora, repartida en las treinta y seis secuencias que le dan nombre, reflexiona sobre la necesidad del documento como forma de recordar cada cosa o persona que pasa por nuestra vida. "Si no lo vemos, si no puede ser recuperado entonces no existe", sostiene el cineasta tailandés que se llevó a casa el premio GAC al mejor guión. Con el fallo de uno de los discos duros de su protagonista como punto de partida, Thamrongrattanarit nos traslada, a base de saltos en el tiempo y de momentos fragmentados, a un paisaje cambiante y un amor al borde del olvido. Lástima que al final acabe retomando un discurso tan manido que hace olvidar la novedad de su propuesta.

Precisamente la memoria fue el *leitmotiv* del spot del festival que precedía cada proyección. Veinte años de esta nave con la que transitar por las nuevas fronteras de la creatividad audiovisual, de estas historias necesarias, tanto como la pervivencia de un espacio que merece seguir celebrando aniversarios, con esa inquebrantable actitud de arqueólogo ávido por descubrir valiosos hallazgos.

